



Solo el amor es digno de amor

Itinerario de una conversión posible

Only love is worthy of love

Natanael Darío Pecondon

occursuslibros@gmail.com

Mar del Plata – Argentina

Resumen

En el presente trabajo se explica la relación entre: atracción/deseo, voluntad y amor como formas de apertura a la revelación de Dios. Se muestra igualmente cómo los paradigmas modernos de conocimiento moldean la conciencia con esquemas limitantes para la experiencia transformando el mundo en una colección de objetos despersonalizados. Se busca entonces exponer una vía de apertura a Dios que se abre por la decisión de amar, permitiendo una mirada sobre el mundo en la que toda belleza viene de Dios como un don que el hombre recibe al mismo tiempo que se recibe a sí mismo transformado en hijo.

Palabras clave: caridad, revelación, voluntad, don.

Abstract

This paper explains the relationship between attraction/desire, will and love as forms of openness to God's revelation. It also shows how modern paradigms of knowledge mould consciousness with limiting schemes for experience, transforming the world into a collection of depersonalised objects. It then seeks to expose a way of opening up to God that opens up through the decision to love, allowing a view of the world in which all beauty comes from God as a gift that man receives at the same time as he receives himself transformed into a child.

Keywords : charity, revelation, will, gift.

Recibido: 26/06/2024

Aceptado: 26/06/2024

Publicado: 28/08/2024





En la vida de toda persona hay momentos de gran intensidad que marcan la conciencia determinándola para siempre, transformándola con un llamado que obliga a tomar una decisión, una vez dados estos acontecimientos es imposible la neutralidad. Incluso cuando la decisión tomada intenta ser revertida nos acompaña como un rumor constante la dependencia y por lo tanto la permanencia de aquella decisión primera que modifico toda nuestra existencia. Somos libres de afirmar o negar pero no de permanecer indiferentes. Estas revelaciones que tejen y constituyen nuestra vida, se dan en grados de intensidad a la que somos expuestos sin remedio ni anticipación, nos sorprenden y de esa forma nos incitan, una y otra vez a retomar el camino recorrido hasta ellas, o desde ellas, en un intento en ocasiones infinito, de igualar en intensidad aquello que nos llama y nos define.

Una situación cotidiana, puede de repente dejar de ser ordinaria, quizás el primer bocado de un plato determine una vocación por la cocina, o el sonido de un instrumento musical que, desconocido aparentemente hasta ese momento para una persona, pone su vida en una dirección implacable de búsqueda y cuestionamientos siempre renovados e idénticos a sí mismos. La revelación no puede ser anticipada ni evadida. De nuestra capacidad de recepción de lo dado se abrirá un mundo de posibilidades, de actitudes fundamentales y de pensamientos extendidos más allá de lo posible para nosotros hasta ese momento, o, por el contrario, lo dado deberá ser negado con el duro esfuerzo de convencernos y de convencer a los demás de su intrascendencia o de su aparente incoherencia. Nos resulta evidente que algo se nos revela ya que nos sentimos frente a una disyuntiva: afirmar o resistir lo revelado (quizá por la impotencia de nuestra voluntad que no puede desear o que solo se desea a sí misma).

La fuerza de lo revelado

Una revelación se da en grados de intensidad: ¿son los grados más bajos aquellos a los que accedemos con facilidad y los más elevados aquellos que requieren grandes meditaciones y meticulosos argumentos que inclinen nuestra voluntad a desear aquello que nos incita a decidir?

Algunos amores nos sorprenden con una gratuidad e inmediatez anterior al pensamiento, descubrimos que somos amados y que amamos (con las certezas e incertidumbres esperables de todo buen amante) antes de poder pensar el amor o incluso decidir amar, todo amante siente que decide y que todo está decidido, por lo tanto una intensidad máxima, radical, personal, puede no tener una razón que justifique el amor.

Todos decidimos con nuestros deseos, nuestros hábitos, conscientes o inconscientes. Aceptamos con facilidad verdades lejanas o abstractas que descubren saberes compartidos, seguros e impersonales, certificados por un cálculo que inclina la razón con la fuerza de lo probado. Pero hay ciertas verdades que nos despiertan odio. Parece increíble que podamos cambiar de parecer en un instante o aceptar grandes descubrimientos con naturalidad, pero resistimos aquellas verdades en muchos casos, alegres y generosas, que nos acusan, que apuntan directamente a nuestra condición personal. ¿Cómo es posible que algunos hombres odien la verdad? Se preguntaba Agustín en sus Confesiones (c.f. X, 23). La verdad es siempre preferible al engaño, nadie quiere



ser engañado y, aun así, en ciertas ocasiones, la verdad se odia. Estas preguntas son para Agustín las bases para un modelo de verdad que puede ser odiada porque reclama ser amada. La verdad que redarguye. Tenemos entonces dos actitudes fundamentales de pensamiento frente a la verdad.

Verdad teórica y verdad que acusa

La verdad que se descubre, que informa, que puede ser profunda y filosófica o incluso corresponder a un discurso objetivo, es decir, que construye objetos y desapasionadamente los mira a distancia, los desnuda y los conoce, puede controlarlos, medirlos, reproducirlos y conceptualizarlos con la única exigencia de su parte de una estabilidad, una cantidad y una autolimitación. Verdades obtenidas por desvelamiento de las cosas, circunscriptas en proposiciones sobre las cuales a mayor comprensión mayor fuerza de coerción sobre la razón que inclinara la voluntad (obediente y desinteresada). La razón guía la voluntad a la verdad.

No podemos negar un dato científico más que por ignorancia o incomprensión, pero a mayor fuerza de la prueba, menor esfuerzo de la voluntad, ninguno de nosotros se siente amenazado por la demostración implacable del funcionamiento de la tabla de gases, lo aceptamos de buena gana; nuestra voluntad se decide frente a la contundencia de lo demostrado guiada por una razón teórica que sentimos en cierto modo para todos y de nadie.

El éxito es innegable y las respuestas seguras, extendemos entonces el procedimiento a toda la realidad. La tristeza es anulada por un fármaco y el amor determinado por el aumento o disminución de una secreción glandular y ¿por qué no? Dios es entonces un objeto de conocimiento, una función: motor primero, garante de la moral o estandarte de nuestras convicciones políticas. Tenemos éxito nuevamente, pero cuanto mayor es nuestro éxito mayor nuestro fracaso, sentimos una leve náusea al pensar que es posible que el objeto que interrogamos confiese solo aquello que preguntamos sin decirnos nada sobre él o sobre nosotros. Es solo un problema teórico que espera de nosotros una afirmación o una negación determinada por razones.

Lo que amo y lo que odio

El cálculo de la razón se extiende como un muro, no deja grietas por donde pasar, una aporía. Pensemos una alternativa. Es posible que en nuestra experiencia cotidiana más allá de nuestra actitud teórica (que no es errónea por principio sino por extendida homogénea e irrestrictamente) el mundo se nos presente no de forma neutra y desapasionada, es posible que la realidad tenga una polaridad, que la amemos o la odiamos, que espere ser recibida como un testimonio de sentido reanudado incansablemente (el que ama no cansa ni se cansa¹) o más aún que nos despierte odio por la absoluta donación de su verdad manifiesta. Odiamos porque los acontecimientos del mundo nos descubren a nosotros en vez de descubrirse ellos. Quedamos implicados,

¹ C.f. S. Juan de la Cruz, 1954, Puntos de amor 94



haciéndonos testigos de su realidad y a un tiempo de la nuestra. De esta forma, no es en primera instancia una operación de conocimiento, al menos no en el sentido convencional de la palabra, es decir cuando lidiamos con algo que puede ser experimentado sin el mundo (abstractamente) primero conocemos y después amamos (inclinamos nuestra voluntad). Se trata de aceptar o rechazar desde un punto de vista puramente teórico, en la polaridad de los actos amorosos o de odio: conocemos aquello que nos hace conocer-nos.

Ningún acto amoroso transforma al otro de su amor en un objeto (teórico) esta norma se aplica con el máximo rigor en las cuestiones divinas (sin restringirnos exclusivamente a ellas, pero sabiendo que en caso de ser verdaderas alcanzarán toda la realidad) en las que operamos exactamente en reverso: primero amamos y después, posiblemente, Conocemos. Necesitamos entonces un modelo de razón que escuche el deseo o no de amar y su consecuente movimiento de la voluntad.

La razón amante

Una rúbrica del “espejo de la fe” de William de Saint-Thierry nos pone en camino: “Comienza a amar, es decir, procura querer y comenzaras a creer en la medida que quieras y ames. Porque la voluntad es el comienzo del amor. “La voluntad vehemente es el amor y el amor a lo que se cree da la capacidad de creer” (W. de Saint Thierry, 1980, p.29). Es decir, nuestra voluntad asiente a la verdad no por convencimiento sino por amor (que no es otra cosa en este caso que el fortalecimiento máximo de la voluntad), por el contrario, la negación se opone por una voluntad impotente, curvada sobre sí misma en un bucle que se retoma sin impulso, parte sin partir, mira sin ver. ¿Cómo podemos entonces amar a Dios, si el amor nos capacita para amar y no amamos?

Frente al acontecimiento inabarcable, que define todos los acontecimientos porque los abarca, al que de manera impensable encaramos y damos la espalda a una vez. Una apertura que no es el escalón máximo de la intensidad sino la superación de todo saber, por peso de una dulzura perfectamente amorosa que debe (como modo de acceso) ser amada por sí misma, desafiando nuestra mirada que se mira obnubilada y enamorada de su impotencia. Es imposible, no podemos amar a Dios con nuestro deseo exhausto que no desea otra cosa que a sí mismo.

El rechazo a la verdad no es entonces, la marca de una inconsistencia o de una banalidad disimulada; es la condición de su autenticidad, no la única, pero si la condición decisiva. Es su indicación de trascendencia, negamos la verdad porque es verdad y el desafío es impensable, la resistencia es el signo de la más profunda revelación de la verdad de un amor absoluto. En caso de poder ignorarlo o disolverlo no sería necesario negarlo Nos irrita con su fidelidad constante, que sortea nuestros pobres intentos de evadirlo. Pero que lo miremos no implica que lo vemos, entendemos que no estamos en condiciones de entender y en primera instancia percibimos esta condición como una imposición violenta sobre nuestro razonamiento. Caemos ciegos al suelo de Damasco a la espera del agua que limpie nuestra mirada y nos fortalezca para amar.

La nueva mirada



Nuevamente nos acompaña William de Saint Thierry: “Aunque el ojo de la razón humana no puede sustraerse a la claridad que emana de la voluntad divina, sin embargo, no puede participar de su dulzura sino el que la cumple, queriendo lo que quiere Dios. Solo la percibe el que la vive.” (Ídem, p. 56). Se presentan una serie de paradojas, que no deben ser evadidas, sino por el contrario deben ser tomadas como el modo correcto de exposición de y al problema del conocimiento de la verdad. El hombre no puede sustraer su mirada a la claridad divina, pero no puede, desearla sino la posee. Es decir, estamos expuestos a la luz de la voluntad divina pero no podemos gustarla, sentir placer, sino la cumplimos observándola en su invisibilidad, por lo tanto, si sentimos placer en la voluntad divina, vemos lo invisible gozando de la claridad de Dios y su voluntad (sus obras). De esta forma aquello que somos (iluminados por la claridad de la voluntad divina), que nos define, es inaccesible a nosotros por nuestros propios medios. Tenemos que gustar de la voluntad divina, realizarla, para ver su invisibilidad que nos resulta inaccesible.

Entendemos ahora por qué los asuntos divinos llevan la marca de lo imposible. Son la realización de un imposible, el borramiento de la línea que separa lo posible de lo imposible. Requieren alabanza y adoración, en una experiencia de la dulzura, es decir un modo del gusto, de la atracción.²

² No podemos pensar ejemplos más excelentes sobre el modelo de la atracción divina que los siguientes proporcionados por San Agustín:

a) “Para enseñarnos que el mismo creer es don y no merecimiento, dice: os dije que nadie puede venir a mí, sino aquel a quien se lo conceda el padre. Haciendo memoria de lo que precede, Hallamos el lugar del evangelio donde había dicho: nadie viene a mí si el padre no lo atrae (Jn 6,44). No dijo: si no lo guía, sino lo atrae. Esta violencia se hace al corazón no a la carne. ¿De qué te admiras? Cree y vienes; ama, y eres atraído. No penséis que se trata de una violencia gruñona y despreciable; es dulce, suave; es la misma suavidad la que atrae. Cuando la oveja tiene hambre, ¿no se la atrae mostrándole hierba? Pienso que no se la empuja corporalmente, sino que se la sujeta con el deseo. Ven tú a Cristo; no te fatigues la idea de un interminable camino. Creer es llegar. En efecto, aquel que está en todas partes, no se va navegando sino amando.” (Agustín, sermón CXXXI, 2, pp. 157-158).

b) “Si te das cuenta, se ha dicho aquí: nadie viene a mí sino lo atrae mi padre (Jn 6, 44). No pienses que te atrae por la fuerza. Al alma la atrae el amor. No hemos de temer el reproche, que, a partir de este texto evangélico, puedan hacernos quienes solo se fijan en las palabras y están muy lejos de comprender lo que ante todo son las cosas divinas. Pueden decirnos: ¿cómo voy yo a creer libremente si soy atraído? Respondo: no solo te atrae con libertad de tu parte sino con placer. ¿Qué significa ser atraído con placer? Pon tus delicias en el señor y él te dará lo que pide tu corazón (Sal 36,4).

Hay también cierto placer del corazón, al que resulta dulce aquel pan celestial. Si el poeta pudo decir: cada cual se siente atraído por su placer (Virgilio, Églogas 2); no por la necesidad, sino por el placer, no por la violencia, sino por el deleite, ¿con cuanta mayor razón debemos decir que es atraído a Cristo el hombre cuyo deleite es, la verdad, la felicidad, la justicia, y la vida sempiterna, todo lo cual es Cristo? Si los sentidos del cuerpo tienen sus propios placeres, ¿no los ha de tener también el alma? Si el alma no tiene sus deleites, ¿porque se dice: los hijos de los hombres esperarán a la sombra de tus alas; se embriagarán de la abundancia de tu casa y les darás de beber del torrente de tus delicias, ¿porque en ti esta la fuente de la vida y en tu luz veremos la luz? (Sal 35,8). Dame un corazón amante y comprenderá lo que digo. Dame un corazón anhelante, un corazón hambriento, que se siente peregrino y sediento en este desierto, un corazón que suspire por la fuente de la patria eterna, y comprenderá lo que digo. Si por el contrario, hablo a un corazón helado, ese no comprenderá mi lenguaje. De estos eran lo que murmuraban entre sí. Viene a mí aquel a quien lo atrae el padre, dice el señor.



Debemos entonces alabar a Dios, con la acción de Dios, su voluntad, sus obras. Gustar de la dulzura divina es la marca de nuestra alabanza a Dios que El realiza en nosotros (si solo Dios habla de Dios, solo Dios alaba a Dios, ya que no hay otro modo de hablar de Él que alabándolo). Se despierta en nosotros el placer por lo invisible que vemos. En la claridad de la voluntad divina, nuestra ceguera recibe la luz que la deslumbra para gustar de la dulzura de la invisibilidad.

Nada oculto quedara sin revelarse

¿Por qué es necesario un régimen de invisibilidad de lo visible en relación con el deseo? La auto-revelación de Dios implica que deben darse a la vez un ver y un ocultarse para perfeccionar el deseo y el gustar de la dulzura. A diferencia de un deseo carnal que experimenta su agotamiento con la presencia de lo amado, el deseo de Dios aumenta en la presencia y en la ausencia que en Dios se dan a un tiempo. Es decir lo distintivo de un amor que tiende a lo infinito en contraposición con un amor que no alcanza su rango específico es el cansancio de la presencia que se absolutiza. Solo podemos experimentar cansancio en los momentos en que la distancia enfría nuestro afecto o en los que la presencia se reduce a un objeto poseído. Los amantes se agotan cuando creen poseerse (no son amantes) o cuando la espera parece no resolverse, enfriando el amor. Es nuestra incomprensión amorosa la que interrumpe el amor con el tedio. La debilidad del deseo nace de la fragmentación y la falta; el deseo de Dios, verdadero deseo (vehemente) se da como presencia y unidad, su presencia lo manifiesta en su ocultamiento; la correlación misma con nuestra persona, con su visibilidad corporal e invisibilidad del alma, está en conexión con la atracción divina, su manifestación y ocultamiento, su transparencia y visibilidad que atraen con dulzura, abriendo el indicio de la relación inter-personal que debe mantener incontrolable el misterio del otro como otro.

Todas las cosas manifiestan y ocultan a Dios, por esto estamos irremediabilmente expuestos a su voluntad, que es revelarse a sí mismo (todo en todo y nada en nada). Dejándonos imposibilitados de realizar la síntesis necesaria para una comprensión absoluta, que de ser así recaería en el tedio del amor. El mostrarse-ocultarse de Dios con el mostrarse-ocultarse de nuestra persona, eleva en nosotros el deseo de lo divino inagotable e imposible de dominar. La revelación-ocultamiento de Dios es gracia que atrae con dulzura nuestro deseo. El movimiento del amor es entonces circular, no es un punto que alcanzamos, una imagen (por el contrario son infinitas imágenes superpuestas con la imposibilidad de una representación total de Dios) quieta o revelación limitada. Entonces nuestro si-mismo podría ser por lo tanto un proceso de auto-diferenciarnos, a través de un auto-donarnos en una circularidad amorosa de auto-donación y si-mismo (dado a si mismo) que alimentaría nuestro deseo.

¿Qué significa a aquel que atrae el padre si, Crismo mismo atrae? ¿Qué quiso decir: a quien atrae al padre? Si hemos de ser atraído, seámoslo por aquel que dijo a una mujer enamorada: corremos tras el olor de tus perfumes (cant 4, 1).” (Agustín, Tratados sobre el evangelio de san Juan, XXVI, 4-7, pp. 590-594).



La revelación y el sacramento del hermano

Frente al misterio de la revelación de Dios que quiere hacerse conocido por nosotros y atraer nuestro deseo, el mundo se abre en una experiencia de lo divino, es amor el que abre esa experiencia de recepción de Dios y de nosotros mismos ¿pero en qué sentido pensamos experiencia hasta aquí? Nos referimos a una experiencia como un punto de apertura en el mundo que es dador de vida, es una experiencia intencional y por lo tanto consiente, pero no limitada a la conciencia intelectual o discursiva sino a una conciencia afectiva, volitiva o axiológica, entre otras. Decimos entonces que esta experiencia está íntimamente relacionada con un acto consciente pero eso no significa que la conciencia tiene la prioridad última, es decir esta conciencia no crea el mundo y su sentido, sino que lo recibe.

Se redobla el misterio: por un lado, la manifestación de Dios se muestra y se oculta de la misma forma que nosotros somos manifiestos y ocultos para nosotros mismos propiciando una experiencia que no puede ser contenida en una conciencia de carácter puramente intelectual. Se nos pide por lo tanto amar antes de comprender y este amor implica un misterio que vuelve imposible una síntesis absoluta. En estas condiciones: ¿cuáles serían las razones para amar a Dios sin conocer? ¿Por qué sería esto racional? Respondemos: sin el concepto del amor de Dios, concepto de amor teológico, sería irracional (imposible de buena fe) amar algo, una cosa, sin conocerla, que podría probarse eventualmente no ser digna de amor o incluso malvada. Solo hay un caso ejemplar en el que podemos racionalmente amar para conocer en consecuencia, este sería en el caso en que aquello que queremos conocer es el amor; en este caso el amor por definición. Sería perfectamente racional empezar amando el amor para entender cómo y que es el amor. Esta es la revelación del Nuevo Testamento, la verdad del amor como vía de conocimiento (entendido bíblicamente). Indiquemos tres ideas principales de la primera epístola de San Juan (4, 7-21) para explicitar el conocimiento divino de Dios y su camino.

1- No podemos ver a Dios, no podemos decir conozco a Dios. Pero Él habla de sí mismo y se manifiesta diciéndonos que es Amor. Tenemos que amar para conocer el Amor es decir a Dios.

2- ¿Cómo amo a Dios si no puedo verlo? Amando aquello que sí puedo ver, es decir, mi hermano, si tenemos una experiencia amorosa del hermano podemos asumir que estamos en el camino correcto hacia el amor de Dios ya que no podemos amar sin amor y por lo tanto sin Dios al que aún no comprendemos invisiblemente, pero sí tenemos una experiencia de su dulzura que nos atrae hacia la esfera del amor divino invisible.

3- Si Dios está en nosotros y nosotros en Dios estamos implicados en aquello que amamos y en el acto mismo de amarlo se aúna (sin confusión ya que somos atraídos por nuestro deseo) lo conocido con el que conoce. Es mi hermano el que me trae la experiencia de una correcta comprensión del amor: amo el amor, no existe separación entre lo que conozco y yo mismo conociendo, que aun así permanece en constante ampliación, ya que nunca alcanzo una síntesis, mi disposición amorosa debe reanudarse constantemente para realizar aquello que experimento. A esta certeza de la experiencia amorosa se le opondría entonces el juicio de la incomprensión, es decir nuestra falta de amor que no nos permite entender. En estos dos casos tenemos una experiencia del juicio del amor sin la comprensión, pero en sentidos completamente diferentes: positivamente



porque el misterio del amor nos atrae dulcemente uniendo nuestra voluntad con la voluntad divina, porque vivimos el amor, amamos para entender. Negativamente por juicio de nosotros mismos sobre nosotros, ya que la luz del amor nos revela que no queremos amar, es decir: no entendemos el funcionamiento del modelo amoroso.

La escala de la obediencia

¿Cómo entender lo imposible (que se hace posible) del amor de Dios? ¿Cómo experimentar que conocemos a Dios? Es cuando somos conocidos por y conocemos a su Hijo, es en este punto que una materia por momentos abstracta o indefinida cobra cuerpo (nunca mejor dicho) para nosotros; el caso por excelencia en el que aquel que conoce y aquel que es conocido se aúnan es Cristo en nosotros, su imagen por adopción filial que es conocida en nosotros y es aquello que conocemos. Los pasos dados hasta aquí deberían guiarnos no a una escalera ascendente de perfección sino a una *escala de la obediencia* (c.f. Balthasar, 1988).

Todo se simplifica al extremo, la presencia-ausencia de Dios que despierta el deseo porque no es carencia, ni necesidad, sino don gratuito, abre un seguimiento que es obediencia, que amplía nuestro horizonte al infinito del Dios siempre mayor porque él va delante nuestro, nos promete (con el espíritu santo) que nos guiará a toda la verdad. No es la teología de la fe la que puede atraer nuestro corazón más allá de un deseo de salvación, sino el amor, que obedece porque sigue donde no ve. Presencia y ausencia. El yo creo es remplazado por: Él me ama y yo lo amo con su amor. La alabanza es aquello que Él hace en mí, porque puedo obedecerlo, es una prosternación que se diferencia de todas las inclinaciones humanas (políticas, religiosas o argumentales). Nos prosternamos en señal de alabanza frente a Dios que envía su hijo obediente, que nos abre a la obediencia. El seguimiento de la palabra de Dios no puede ser matizado o comprendido en primera instancia por ninguna hermenéutica anterior a la palabra que se nos da para ser escuchada y obedecida, ningún texto aclara o comprende, hace más clara, o más comprensible la Palabra. Dios interpreta a Dios.

En el Hijo la Gloria del amor absoluto instituye una autoridad; solo en el Hijo obediente que manifiesta al Padre en el Espíritu Santo se aúnan la autoridad (obediencia) y el amor (abriendo, a un tiempo, la posibilidad extrema de la desobediencia radical y su consecuencia).

Un movimiento sorpresivo une al hombre con el corazón de Dios, con su voluntad; amar y obedecer se identifican. Participar de la dulzura (amor) queriendo lo que quiere Dios.

La obediencia del amor, de esta forma, no produce tensión alguna con el temor, es por esto que el amor echa fuera todo temor, se produce una oposición absoluta entre temor y amor porque el amor entendido de esta forma no es una virtud separada o secundaria, ni un ejercicio ético moral de parte del hombre, sino la escucha de la revelación de Dios y la correspondiente actitud a esa manifestación: seguimiento total y disposición de entrega a ese amor porque Él se entrega de la misma forma y su fidelidad no tiene límite.



Hacernos como este niño

Cristo no reclama el ser para sí, es siempre don para otros y para el Padre a quien contempla con asombro y agradecimiento por el don de su ser-hijo. La distancia trinitaria de las personas divinas que impiden hacer una unicidad (son unión, en uno) es también donación y distancia en tanto retirada generosa para la recepción. Es decir, el donante se retira para ser siempre donante de amor gratuito, incluso en el don del Hijo en la cruz, el Padre se retira sin ausencia en la donación perfecta de su amor.

El acontecimiento del amor del Padre por el Hijo, su don absoluto es recibido en perfecta comunión, haciendo al Hijo receptor absoluto de todo lo del Padre aunando sus voluntades en la entrega del Hijo obediente: “El Padre y yo somos uno” (Jn 10, 30). Este darse del padre en el Hijo no puede ser controlado por la exigencia del ser o por la necesidad del pensamiento, sino que permanece lo ofrecido siempre de nuevo. Se le ofrece una y otra vez la maravilla del amor dado que crea todo y lo sostiene, por Él y para Él. El Hijo alaba al Padre por revelarse a los niños porque son ellos los que piden y agradecen maravillados de su ser recibido.

Este discurso de alabanza es confesión, suplica y agradecimiento a un tiempo, el llanto del niño confiesa su dependencia absoluta, su necesidad del cuidado de la madre y la confianza agradecida de lo que se le da, que no es otra cosa que el sí-mismo, la experiencia graciosa y amable de su propio ser que no experimenta como falta por estar en dependencia constante del don de su madre. El receptor del don amor en tanto don nunca busca la emancipación ni la devolución del don, lo conoce dado irreversiblemente, inmemorial y constante. El discurso de alabanza nunca quiere librarse de la súplica porque entiende que lo que se le regala no es deuda. Pedir y recibir es un solo acto porque en la acción imposible de la oración reconocemos que Dios nos da lo que somos y es por tanto agradecerse (recibimos lo que somos) por su generosidad.

Caridad y bondad impensables

La capacidad de apertura del receptor es la única condición de medida que determina entonces el don del amante que se da sin medida, es decir, es nuestra apertura a Dios la medida de nuestra recepción de nosotros mismos y de Dios, no porque por definición el hombre sea capaz de Dios, sino porque es capaz de reconocer el amor y de acogerlo libremente. El acto amoroso de Dios nos entrega nuestra libertad de amarlo, de otra forma todo quedaría devuelto nuevamente a la necesidad y el intercambio. Esta libertad es mantenida por Cristo que revela y redobla el ocultamiento, primero en la figura de hombre y más tarde en la figura eucarística.

Es decir, el ocultamiento de Dios va en aumento y no en retroceso, en cierta forma podríamos decir que su manifestación, anterior a Cristo, estaba menos oculta en tanto Dios (quizá una razón que indaga causas primeras podía saberlo presente en su creación de forma defectuosa, como ser supremo o causa primera). En la revelación del primer testamento profundiza su verdad y su determinación haciendo su búsqueda mucho más ardua y personal, con figuras a la espera de ser nuevamente iluminadas. Cristo, revelación



total del Padre, manifiesta al Dios oculto y se oculta él mismo con un rostro como el nuestro en el que está presente como Dios.

Semejante paradoja solo puede ser explicada porque lo manifiesto de manera radical es su bondadoso Amor, que no quiere ser confundido con ninguna instancia acomodaticia humana, no es una aparición moral, ni una figura política, ni un concepto filosófico, es la caridad misma, y por lo tanto debe darnos la libertad de amarlo libremente. Un Dios que sin envidia alguna de su criatura nos dispone a conocerlo en los términos del Amor absoluto para así poder ofrecerse sin límite (posiblemente somos muy poco ambiciosos para no ser santos) abre un espacio en el que la manifestación aumenta el ocultamiento, que es uno de sus nombres bíblicos: Dios escondido.

La causa de todas las cosas guarda su distancia, que es Bondad que atrae convocando a los entes a su participación, como dice Dionisio el areopagita en los nombres divinos.

Esta participación del hombre en Dios es el modo en que la causa impensable de todas las cosas y su Bondad se manifiestan, por tanto, solo puede ser alcanzada en el rostro de Cristo, que es Dios. Porque en él se revela y se oculta lo impensable de Dios. Cristo está oculto para todo aquel que no llama en alabanza y amor atraído por el Padre. Se manifiesta como el reenvío al Amor de Dios padre. Si Cristo es la forma última de la caridad es necesario que esté oculto y revelado en su manifestación, porque de esa manera la fe no puede regocijarse de su poderío ante una tiniebla impenetrable, ni la razón dominar con una luz que intenta apropiarse de todo. De esta forma sucede como lo pensaba Pascal; la inteligencia es humillada (es decir queda preparada para recibir la máxima Bondad) y la fe no se transforma en un ídolo autoexaltado. Nos queda el seguimiento de Cristo como niños que obedecen la voluntad del Padre atraídos por Él por nuestro deseo de amar.

Vale la pena, para concluir, recordar las palabras de -como alguna vez se dijo sobre otro pensador- ese gran maestro de la vida y el pensamiento, San Buenaventura:

Si anhelas saber cómo sucede esto [la comunión con Dios], pregunta a la gracia, no a la doctrina; al deseo, no al intelecto; al clamor de la oración, no al estudio de la letra; al esposo, no al maestro; a Dios, no al hombre; a la neblina, no a la claridad; no a la luz, sino al fuego que todo lo inflama y trasporta en Dios con las fuertes unciones y los afectos vehemente... Entremos por tanto en la neblina, acallemos los afanes, las pasiones y los fantasmas; pasemos con cristo crucificado de este mundo al Padre para decir con Felipe después de haber visto: esto me basta. (San Buenaventura, VII, 6, p. 633)



Referencias

- Balthasar, H. U. (1988). Antiguo Testamento. En *Gloria (vol. 6)*. Encuentro.
- San Agustín. (1983). Sermones. En *Obras Completas (vol. 23)*. BAC.
- San Agustín. (2005). Tratados sobre el evangelio de San Juan. En *Obras Completas (vol. 13)*. BAC.
- San Agustín. (2007). *Confesiones*. Colihue Clásica.
- San Buenaventura. (1955). *Itinerarium mentis in Deum*. En *Obras (vol. 1)*. BAC.
- San Juan de la Cruz. (1954). *Dichos de luz y amor*. BAC.
- William de Saint Thierry. (1980). *Tratados sobre la fe*. Editorial Claretiana.